

Barbaridades ex-cátedra

(*El Correo*, 5. 05. 1996)

Mal que les pese el reproche, los nacionalistas vascos no aciertan a exponer sus razones contra la violencia de ETA y los suyos: o no las tienen o son malas razones. Si el juicio le pareciera excesivo, ruego al lector que ojee como muestra el artículo de Sabino Ayestarán, catedrático de Psicología Social en la UPV, titulado *La alianza entre la ceguera de unos y la hipocresía de otros* (EL MUNDO, 7 de Abril). Ya se sabe que el hábito académico no hace sabio ni siquiera al monje, pero tampoco es muy frecuente que desde la cátedra se prediquen tantas barbaridades juntas. Veamos, pues, cómo este psicólogo social contribuye, no a entender y curar, sino a alentar, justificar y reproducir la patología de nuestra enconada sociedad.

Que no se le malentienda. El profesor Ayestarán, claro está, no justifica las muertes (quiere decir *asesinatos*) de ETA y concede generosamente el derecho de la sociedad a defenderse de los que matan y el deber policial de perseguirlos. La perplejidad sólo surge cuando lo que quita de un lado lo repone del otro, lo que hace su mano derecha lo deshace la izquierda y lo que pide su conciencia lo traiciona su inconsciente. En esa misma confusión, lo mismo da hipócrita que ciega, arraiga la violencia vasca.

Con vistas a formar un juicio correcto sobre ETA y Jarrai, dice Ayestarán que no vale explicar la delincuencia "a partir de la estructura biológica o psicológica del delincuente". Nada más cierto, si con ello quiere expresar que la naturaleza no nos hace delincuentes como nos hace altos o bajos, negros o blancos... En cambio, según manifiesta solemnemente el partido al que pertenece, nos hace vascos desde la cuna a la tumba. Nuestro cráneo, nuestra carne y nuestra sangre proclaman que la naturaleza nos ha dotado de "una identidad nacional bien definida" y, *por tanto*, del derecho a la autodeterminación. Así que lo que no explica el hecho criminal, explica sin embargo el hecho nacional y su derecho. Por fin se descubre el gran secreto: en el País Vasco es la naturaleza la que dicta nuestros derechos y deberes políticos; la política española con Euskadi es perversa por antinatural. En realidad, ni siquiera habría que recurrir a la consulta popular. ¿Qué sentido tendría *autodeterminarnos* si ya estamos desde siempre *naturalmente determinados* a formar un pueblo, una nación, un Estado?

La indiscutible ventaja de Ayestarán sobre Aristóteles radica en su capacidad de pensar sólo desde la contradicción. O sea, de no pensar en absoluto. Si habíamos resuelto que nadie es un delincuente congénito, ¿no habrá que admitir entonces que alguien *se vuelve* delincuente por su propia decisión y el influjo de múltiples factores ambientales, y entre éstos de los más torpes doctrinales? Pero nuestro catedrático no considera "ni científico ni ético explicar la actuación de los miembros de ETA desde una perspectiva de patología individual o colectiva". ¿En qué se basa? En que "ellos actúan así porque *están convencidos* de que es el único camino, etc.". He ahí una rigurosa tesis científica, que ofrece como explicación lo que hay que explicar, y un juicio ético de tal finura que objetivamente disculpa lo que dice condenar.

Pues, señor mío, en esa convicción adquirida (y no en una disposición hereditaria) reside precisamente la patología de los miembros de ETA y su responsabilidad moral. ¿Y por qué no la considera patológica este gran discípulo del otro gran Sabino? Sencillamente porque es una actitud más compartida: pues lo que quiere ETA es "lo que ellos *y otros muchos* consideramos un derecho de los grupos nacionales". Como confunde la fuerza del argumento con el argumento de la fuerza, no teme invocar en este punto la acreditada autoridad moral de ETA. ¿O es que ella no "dejó claro" al Estado la legitimidad de la autodeterminación en su "alternativa democrática" y su oferta de tregua? Y puesto que don Sabino no se cree enfermo, faltaría más, su sola creencia le basta para concluir que ni están enfermos los suyos ni quienes defienden por la amenaza y el crimen lo que él mismo defiende.

El caso es que, a renglón seguido, nuestro hombre confiesa tan campante su sospecha de que "ETA no respetaría el resultado de un hipotético referéndum en el País Vasco". ¿No habíamos quedado en que ETA mataba por su convicción de que esa era la única vía para arrancar el derecho a tal referéndum y en nombre de los creyentes en ese derecho? Ahora resulta que no, que ETA mata porque desconfía de *su pueblo* a la hora de ejercer ese indeterminado derecho nacional y porque sólo cuenta con su derecho privado a seguir matando hasta que alcancemos su misma convicción. O, lo que es igual, para ETA no hay un derecho a la autodeterminación sino el deber de acatar aquello a lo que -sea por la voz de la naturaleza, sea por la de ETA- ya estamos *predeterminados*. Desde un punto de vista intelectual, político o moral, ¿les parece esto sano o más bien enfermizo?

Pero este amante de la confusión dice y desdice, afirma y niega esa patología a cada párrafo. "Los jóvenes de Jarrai no son enfermos mentales"; eso sí, desde su fuerte identidad nacional vasca, "corren el peligro de sacrificar su identidad personal y caer inevitablemente en un colectivismo de signo fascista". Lo mismo nos parecía a los demás y a eso lo llamamos, como poco, enfermedad. Los jóvenes de Jarrai "no pertenecen a grupos marginales"; pero, a partir de aquella furibunda identidad nacional y desde su ideología revolucionaria (?), se vuelven un "grupo social cerrado, incapaz de crítica interna", que "proyecta su agresividad hacia los grupos externos" y le "lleva a sentirse cada vez más aislado del pueblo". Todo ello no va en descrédito de esos jóvenes, según podría colegirse de semejante dictamen. El señor Ayestarán sabe de sobra que estos airados patriotas traen consigo el progreso, y tanto que califica de "fuerzas reaccionarias" a quienes se resisten a la brutalidad de Jarrai. No hay por qué guardar la lógica cuando importa más nadar y guardar la ropa.

¿Y cómo es que la agresividad y marginación crecientes de los chicos de Jarrai no les convierte en enfermos ni en marginales? Muy fácil, porque pertenecen a un pueblo "al que, *sinceramente*, quieren salvar". ¿Para qué debatir, pues, su verdad si nos basta su sinceridad? Todas las opiniones (y más las convencidas) son respetables y un asesino con buena conciencia deja de ser un asesino o lo es en menor medida... Lástima que el terror de Robespierre, de Hitler, de Franco o de Stalin nacieran asimismo de la sincera voluntad de salvar a sus patrias. ¿Les añadiremos también la excusa de que *otros muchos* secundaron su marcha triunfal hacia la catástrofe?

Y así, el mismo ético-científico que se indigna contra quienes reducen el fenómeno terrorista a una "interpretación personal".(?).., lo valora sólo en virtud de la personalidad psíquica de los terroristas y de sus aprendices. Es la única ocasión en que Ayestarán, en su empeño por contradecirse, casi acierta sin quererlo. Pues en aquella *convicción* de los unos (que luego se revela falsa) y en esta *sinceridad* de los otros (que degenera en sincera agresividad hacia todos) consiste su patología; y en esta patología se resume buena parte de la objetividad del fenómeno terrorista. Nadie se cree tan sinceramente sano como el demente, de igual modo que nadie hay tan francamente necio como el que ignora su ignorancia ni nadie tan ferozmente dispuesto a la matanza como el que se cree avalado por la nobleza de su causa.

Si hasta aquí la doctrina psicológica y política del señor Ayestarán ha brillado por su singular coherencia, qué no habrá que decir de su virtuoso sentido de la justicia y

la piedad. Para su alma franciscana, lo penoso de la violencia de ETA y Jarrai no es su injusta sinrazón, el dolor de tantos, el temor de muchos, el envilecimiento general. No, señor. "Lo triste de la situación" es que los pobres terroristas se alejan cada vez más del pueblo. De suerte que no hay que compadecerse primero de las víctimas sino de sus verdugos, porque estos verdugos son en el fondo las víctimas verdaderas de sus aparentes víctimas. El peligro de todo este miserable estado de cosas, culmina Ayestarán, no es el sufrido por la mayoría de los vascos y españoles. Más grave es aquel "proceso de marginación" que experimentan los violentos, porque resulta ante todo "muy peligroso para ellos y para los que queremos avanzar en la construcción del pueblo vasco". Y a este último fetiche, como a cualquier otro, no hay que escatimar las vidas humanas que reclama.

¿Y si careciera de sentido que un *pueblo* o una *etnia*, que se suponen dados, puedan ser hoy contruidos? ¿Y si la tarea civil fuera más bien construir una *sociedad* en el respeto de la libertad de quienes la formamos, es decir, personas de uno y otro pueblo, de uno y otro credo? En ese caso, ¿no habría que deslindar cuanto antes nuestros fines, valores y argumentos (y no sólo nuestros medios) de los del terrorista? De otro modo, ¿cómo libramos de incurrir en ceguera, cobardía y complicidad objetiva con el terrorismo?. Son algunas cuestiones a las que deberán responder Sabino Ayestarán y su nacionalismo.

Ignorancia política. Derecho de autodeterminación. El señor Ayestarán no sabe nada del dco. de autodeterminación. Sólo sabe que es una obviedad y escandaloso que a las puertas del siglo XXI no se nos haya reconocido. El sabe de buena tinta que lo tiene, y eso le basta: se autodetermina una sociedad para saber si es *un Pueblo* y, como tal, con derecho a formar un Estado independiente. Un resultado adverso significaría que no hay tal Pueblo (porque no hay *conciencia* de serlo) y, por tanto, no hay sujeto de ese hipotético derecho. La misma conjetura de que el resultado no sería positivo a las tesis de ETA significaría que no hay tal identidad nacional bien definida

¿Habría por ello que dejar de llamarles por su nombre? Si el asesino no nace como un producto natural, si el crimen no es un hecho necesario¿Habría incluso que disculparles, como expresamente